
Raúl López Romo

¿Libertad para investigar? El mundo académico ante el terrorismo vasco

Freedom to do research? The academic world in the face of Basque terrorism

Resumen

Este artículo trata de la problemática de la investigación académica sobre el terrorismo vasco. Se aborda el tema desde dos planos relacionados. En uno personal: ¿pueden los investigadores traumatizarse o, sin llegar hasta ese extremo, resultar afectados al analizar el horror de un pasado de intensa violencia política? En Euskadi esa violencia seguía en activo cuando ya era objeto de estudio. Por tanto, en un plano más general y público: ¿en qué medida se ha podido desarrollar investigación académica sobre terrorismo vasco con libertad? Para buscar respuestas se recurre a un cuestionario enviado a los investigadores universitarios de diferentes disciplinas que han trabajado la cuestión.

Palabras clave: terrorismo; ETA; investigación; universidad; País Vasco.

Abstract

This article deals with the problems of academic research on Basque terrorism. It approaches the subject from two related angles. On a personal level: can researchers be traumatised or, without going to that extreme, affected by analysing the horror of a past of intense political violence? In the Basque Country, this violence was still active when it was already the subject of study. Therefore, on a more general and public level: to what extent has it been possible to develop academic research on Basque terrorism freely? In an effort to seek answers, a questionnaire was sent to university researchers from different fields that have worked on the issue.

Keywords: terrorism; ETA; research; university; Basque Country.

Raúl López Romo, Doctor en Historia contemporánea por la UPV/EHU, responsable de educación y exposiciones del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, coordinador del Archivo Online sobre la Violencia Terrorista en Euskadi (www.arovite.com) e investigador del Instituto Universitario Valentín de Foronda. Es autor, entre otras obras, del *Informe Foronda: los efectos del terrorismo en la sociedad vasca* (2015); y, con Gaizka Fernández, de *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical* (2012). Ha editado el volumen colectivo *Memorias del terrorismo en España* (2018).

Recibido

12/09/2021

Aceptado

25/10/2021

Para citar este artículo: López Romo, R. (2021), ¿Libertad para investigar? El mundo académico ante el terrorismo vasco, *Revista Internacional de Estudios sobre Terrorismo*, nº4, pp. 28-44.

1. Introducción

Durante más de cuatro décadas, entre 1968 y 2010, el terrorismo, sobre todo el de ETA, condicionó la vida social, política y económica española, particularmente en el País Vasco y Navarra. Fue un tema que afectó a todos los ámbitos, incluyendo el universitario, sobre el que la historiadora Ana Escauriaza ha preparado su tesis doctoral. En estas líneas me voy a detener en un aspecto concreto. En realidad, en un experimento concreto.

El punto de partida de mi investigación reside en un artículo que apareció en *The New Republic* en febrero de 2021, titulado “Can historians be traumatized by history?”¹ Su autor, el periodista e historiador James Robins, se centraba en el caso de Iris Chang, una reputada investigadora estadounidense de origen chino que publicó, entre otras obras, *The rape of Nanking: the forgotten Holocaust of World War II* (1998). Chang se terminó suicidando en 2004 presa de una depresión potenciada por el horror del tema de estudio al que había dedicado buena parte de su vida: los asesinatos en masa y la violencia sexual dentro de un contexto bélico.

Su experiencia me llevó a reflexionar sobre el caso vasco, que tiene una magnitud incomparable con la Segunda Guerra Mundial, pero que también puede ilustrar sobre la problemática de la investigación académica en tiempos recientes, al menos en dos planos. En uno personal, hacia adentro: ¿pueden los investigadores traumatizarse o, sin llegar hasta ese extremo, resultar afectados al analizar el horror de un pasado de intensa violencia política?

En Euskadi esa violencia seguía en activo cuando ya era objeto de estudio. Por tanto, en un plano más general y público, hacia afuera: ¿en qué medida se ha podido desarrollar investigación académica sobre terrorismo vasco con libertad?

Para buscar respuestas recurrí a un cuestionario que, acotando la muestra, decidí enviar a un grupo concreto de 56 colegas. Todos ellos son autores o coordinadores de libros académicos de diferentes disciplinas sobre terrorismo vasco. No están incluidos, por tanto, los que han publicado solo artículos o capítulos ni aquellos cuyas tesis doctorales siguen inéditas.

Varias de las preguntas que les planteaba obligaban a aportar información privada, lo que en parte pudo retraer la participación, al igual que la falta de tiempo de algunos de los más conocidos y, seguramente, la desconfianza de otros por cuestiones ideológicas. Recibí contestación de 32 personas, entre las que hay historiadores, sociólogos, antropólogos, politólogos, filósofos y expertos en comunicación. Pertenecen al menos a tres generaciones de investigadores: nacieron entre 1940 y 1992. Casi la mitad, 15, pidieron mantener su anonimato, lo que es significativo.

Confeccioné el formulario desde Google Drive, que es una herramienta tan sencilla como accesible. Conté con la ayuda de Rafael Leonisio, politólogo del Euskobarometro con mucha experiencia en encuestas de opinión pública, y de la también investigadora Arantza López para el manejo del Excel resultante². Pero

1 Se puede acceder al artículo citado a través del siguiente enlace: <https://newrepublic.com/article/161127/can-historians-traumatized-history>

2 El autor agradece también la ayuda, lectura y sugerencias de Gaizka Fernández Soldevilla y de Alejandra Ibarra.

antes de entrar en esos datos vamos a dar un breve repaso al contexto.

2. Los académicos y el terrorismo vasco

Santos Juliá identificó que los “escritores públicos”, los primeros intelectuales *avant la lettre*, a principios del siglo XIX, disponían de dos herramientas, escribir y hablar, para cumplir tres funciones: “denuncia de males, ilustración de los ciudadanos, formación de una opinión pública” (Juliá, 2004: 10). Partiendo de esta definición, asumimos que no todos los universitarios son intelectuales ni todos los intelectuales son universitarios, aunque están próximos gracias a su trabajo en el mundo de las ideas y de la transferencia del conocimiento. Aquí me centraré en los últimos, tuviesen o no una vocación de intervenir en los debates públicos, aunque también haré alguna mención a los primeros.

Fue en los años treinta, en el contexto del auge de los totalitarismos, cuando surgió con fuerza la figura del “intelectual comprometido”, ya fuese católico militante, antifascista, etc. Este es el perfil en el que pensaba ETA cuando les empezó a interpelar en la década de 1960: “la condición esencial para ser intelectual es transmitir sus conocimientos al pueblo y ponerlos al servicio de éste para su bienestar (...). En la actualidad su papel es darle conciencia nacional y social al pueblo”, podemos leer en las posiciones ideológicas aprobadas por la V Asamblea, en 1966 (Hordago, 1979-1981, tomo V: 176).

La universidad y los intelectuales, al igual que las fábricas, los movimientos sociales, los institutos o las instituciones, era terreno de trabajo para la militancia de la izquierda abertzale. Y era un terreno que le resultó particularmente proclive en las primeras fases, al menos durante la dictadura y la transición. Recuérdese el prólogo de Sartre a *El proceso de Burgos* de Gisèle Halimi, publicado en 1971, en el que bendecía la violencia “revolucionaria” de la organización. O el papel de diversos intelectuales en la primera ETA, desde José Luis Álvarez Enparantza, *Txillardegi*, hasta Emilio López Adán, Beltza, pasando por Federico Krutwig (Uriarte, 1995: 293).

La visión romántica de ETA se forjó especialmente entre 1968 y 1975, al hilo de las primeras muertes propias (*Txabi Echebarrieta, Txikia, Txiki* y Otaegi...) y de algunos de sus primeros asesinatos, sobre todo, los de Melitón Manzanos y Carrero Blanco (Fernández Soldevilla, 2020). Mientras, se olvidaban deliberadamente otros crímenes menos presentables a efectos propagandísticos, como los de José Antonio Pardines, Fermín Monasterio o la masacre de la cafetería Rolando de Madrid. Aquellos fueron los años en los que ETA cimentó su auge, en los que era vista por amplias capas del antifranquismo como una herramienta legítima de oposición al régimen.

Mediante una carta abierta publicada en 1964, ETA se había dirigido a los intelectuales vascos, término bajo el que incluían, de forma amplia, a profesores, poetas, músicos o sacerdotes. El contexto era el de un debate sobre el uso de la violencia y el objetivo era afejar su pasividad: “queremos sacudiros de vuestro letargo (...) no tenéis derecho a permanecer neutros” (Hordago, 1979-1981, tomo III: 279). Los intelectuales “combativos” solían verse como la levadura de la masa o como despertadores de un pueblo adormecido (Juliá, 2004: 64). Pero los militantes de ETA, yendo más allá, se arrogaban el papel de agitadores de los intelectuales, dentro de un sentimiento que estaba presente en esos comienzos: el vanguardista o de apostolado ante una

Euskadi agónica. Algunos de los propios miembros de la primera ETA, caso de *Teo Uriarte* (2018: 116-117), Mario Onaindia (2001: 489) o Jon Juaristi (2006: 127-128), así lo han recordado.

Ampliando su carta del año anterior, en 1965 ETA dividió así las funciones de unos y de otros: “vosotros, trabajadores intelectuales, habéis experimentado muchas veces la angustia de buscar el camino más justo. Sabéis que hubiera sido para nosotros infinitamente más cómodo presentar unos cuantos principios dogmáticos y escudarnos tras ellos como tras «verdades reveladas». Hemos elegido el camino más duro y estamos orgullosos de ello. A vosotros os corresponde ahora continuar la difícil tarea de edificar una ideología que responda verdaderamente a las necesidades del pueblo vasco en 1965” (Hordago, 1979-1981, tomo III: 507). En uno de los documentos fundacionales más importantes de ETA, “Insurrección en Euskadi” (1963), el dirigente de la banda Julen Madariaga había clamado que la “guerra revolucionaria” englobaba “a todo el mundo: obreros y baserritarras, intelectuales y trabajadores manuales, clérigos y laicos, hombres, mujeres, viejos, adolescentes” (Hordago, 1979-1981, tomo III: 40).

Hasta 1980 no nació la universidad pública vasca. Durante el tardofranquismo funcionaron algunas escuelas oficiales y facultades vinculadas a la Universidad de Bilbao (empresariales, medicina, ciencias). Los centros privados y religiosos de Deusto y de Navarra tenían mayor arraigo en Vasconia; sobre todo el primero, nacido a finales del siglo XIX. Pero a la llegada de la transición democrática la tradición universitaria en las provincias vascas era limitada.

Eso no obsta para que en fecha tan prematura como 1963 ETA ya señalara en un *Zutik* a la universidad como un terreno en el que incidir: “Los catedráticos y profesores residentes en Bilbao son también españoles en su mayoría (...) casi todos son furibundos antivascos” (Hordago, 1979-1981, tomo III: 186). Ese tratamiento como agentes foráneos de aculturación es muy parecido al que *Ikasle Abertzaleak*, el sindicato estudiantil de la izquierda abertzale, empleó, entre otros, contra el antropólogo y profesor de la UPV-EHU Mikel Azurmendi muchos años después, a primeros de los 2000, cuando ya se había pasado de las palabras a los hechos. A Azurmendi le tacharon de “profesor colonialista y español” y de “traidor al pueblo vasco” (Bezuntea, 2014: 148). Tuvo que exiliarse a consecuencia de las presiones. En los sesenta había sido uno de los primeros miembros de ETA que dejó la organización al no compartir su deriva ultranacionalista y el uso de la violencia.

Como ha estudiado Santos Juliá, hasta la transición, con excepciones como la de Francisco Ayala, los intelectuales españoles estuvieron menos preocupados por la responsabilidad de quien perpetraba la violencia política que por señalar las supuestas causas históricas que la animarían, y confiaron en que aquella desaparecería si se abordaban estas (Juliá, 2016: 164-168). Hoy sabemos que el 95% de los asesinatos de ETA vinieron tras la muerte de Franco (López Romo, 2015: 40).

Unos pioneros de la denuncia moral sin cortapisas ni equiparaciones fueron los 33 firmantes del manifiesto “Aún estamos a tiempo”, fechado en 1980 (*El Correo*, 27/05/1980). Entre ellos había una amplia representación de la intelectualidad vasca. Lo hicieron de la mano de un texto del antropólogo Julio Caro Baroja y con numerosas ausencias por miedo, en el año con más asesinatos de ETA. Recibieron la respuesta furibunda de otros, como el dramaturgo Alfonso Sastre, para quien se trataba de “un documento indigno” y de una “insidiosa provocación”³. Entre los papeles de José Miguel de Azaola que se conservan en la Fundación Sancho el

3 Documento accesible en: <http://www.sastre-forest.com/sastree/pdf/cartaa33.pdf>

Sabio, en Vitoria, aparece un valiente y temprano “Manifiesto contra el terrorismo”, mecanografiado y datado en 1975. Azaola cargaba en él tanto contra los crímenes de ETA como contra el último estado de excepción y los abusos de la dictadura. Pero no ha sido localizado publicado. Parece que permaneció inédito⁴.

La universidad, que es un reflejo de la sociedad, se acercó tarde a este fenómeno, como casi todos los estamentos. Y más tarde aún a la cuestión de las víctimas (López Romo, 2018: 129-149). Primero, por miedo. Segundo, por confusión moral: parecía que condenar o criticar a ETA era apoyar al Estado o a las Fuerzas de Seguridad, que venían de la represión franquista. Tercero, por esa falta de tradición universitaria vasca a la que he aludido, y por ende de investigación. Esta última labor se estaba reiniciando en plena transición, en un contexto de radicalización nacionalista, tras otro largo periodo, las cuatro décadas de dictadura, nocivo para la libertad de cátedra y en general para cualquier libertad que no fuese la de los acólitos. Cuarto, por la propia evolución de la historiografía contemporánea vasca, que en sus albores abordó temas del siglo XIX o la Guerra Civil para después pasar a épocas más recientes. Y quinto, por falta de perspectiva ante un tema que seguía vivo.

Si utilizamos la producción bibliográfica académica sobre terrorismo vasco como indicador, encontramos:

- 1) En dictadura y transición (1968-1982): dos libros (ambos en la transición; los estudios históricos de José María Garmendia y Gurutz Jáuregui sobre ETA⁵).
- 2) Consolidación democrática (1983-1994): 13 libros, incluyendo los primeros estudios antropológicos y sociológicos. 1,1 libros por año.
- 3) Socialización del sufrimiento (1995-2010): 34 libros, un 50% del total. 2,2 libros por año.
- 4) Postterrorismo (2011-2017): 18 libros en seis años. Es el periodo con mayor producción, con 3 obras por año⁶.

No voy a realizar aquí un análisis cualitativo de este corpus bibliográfico. Valga con decir que es desigual y que encontramos incluso posturas comprensivas con los perpetradores. Pero lo que nos interesa analizar ahora es otra cosa.

A partir del secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco (1997), que marcó un hito no solo de respuesta social a ETA, creció la producción investigadora y también el interés por las víctimas. Pero también fue una época de intensa persecución al disidente. Fueron los años de la llamada “socialización del sufrimiento”, desde mediados de los noventa. Con esta estrategia ETA pasó a la ofensiva contra nuevos sectores y empezó a señalar a periodistas y también a algunos académicos. Como leemos en un comunicado de la banda de abril de 1996: “en los últimos años los partidos políticos (...) han convertido a los policías en la vanguardia armada de su proyecto, presentándola ante la sociedad como el ejemplo a seguir, con la ayuda de pacifistas y universitarios orgánicos, para que cumplan mejor con su trabajo” (*Egin*, 27/04/1996).

Frente a este panorama ofrecían un modelo alternativo en la época optimista del frente de Estella, cuando hablaban de que al “solar en el que se construirá Euskal Herria (...) hay que darle forma en cuanto a

4 FSS. Fondo Azaola. <http://archinet.sanchoelsabio.eus:8080/ConsultaWeb/showInformacionNodo/3545035>

5 Sobre la gestación de la tesis del segundo existe un podcast del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo: https://www.ivoox.com/relatos-memorial-vt-gurutz-jauregui-40-anos-de-audios-mp3_rf_71296758_1.html

6 No es que la fase de postterrorismo acabe en 2017, sino que la muestra recogida hasta esa fecha es suficientemente indicativa. Tras 2017 la tendencia creciente se mantiene.

estructuración institucional, con un nuevo sistema de enseñanza desde la escuela infantil hasta la universidad” (*Gara*, 25/02/1999). Era una época de pactos de todas las fuerzas abertzales y de expectativas de rápido *nation-building*, que se frustraron por las prisas y los maximalismos de ETA.

A lo largo de su historia ETA cometió diversos atentados en o contra la universidad. La más atacada fue la de Navarra, en seis ocasiones entre 1979 y 2008. Al reivindicar una de las explosiones, en 2002, adujeron que “la Universidad del Opus Dei es enemiga de Euskal Herria” (*Gara*, 5/07/2002). Tras el último atentado, el de 2008, aseguraron que su objetivo era “una máquina para afianzar nuevas generaciones del cuadro franquista navarro, la espina dorsal del proyecto fascista de UPN. Por eso ETA seguirá golpeando” (*Gara*, 6/11/2008). Junto a esa fijación con la UNAV, también hubo dos atentados contra la Universidad de Deusto, ambos durante el franquismo: en 1972 contra la facultad de teología y en 1974 contra el centro de cálculo electrónico.

En la segunda mitad de los noventa y primeros del 2000 la izquierda abertzale convirtió la UPV-EHU en un foco de conflictividad permanente, y no solo por los atentados de ETA contra varios de sus empleados, que fueron la parte más visible y extrema. A nivel cotidiano había contramanifestaciones radicales ante las concentraciones de Gesto por la Paz, acoso a profesores constitucionalistas, frecuentes avisos de bomba o campañas útiles para distinguir amigos de enemigos, como la desarrollada a favor de un “profesorado propio”. El ambiente era nocivo no solamente para realizar una investigación en libertad, sino simplemente para dar clases para los profesores significados contra ETA en aquellas facultades donde la izquierda abertzale tenía más fuerza.

El mayor exilio de intelectuales se produjo después de la ruptura de la tregua de Estella (a partir de 2000) y, dentro del profesorado, afectó a docentes de la UPV-EHU sobre todo. En la Universidad de Deusto o en la de Navarra el ambiente era diferente, más tranquilo, aunque también hubo algunos profesores que tuvieron que llevar escolta, como el historiador Fernando García de Cortázar, catedrático de la primera. Pero, docencia al margen, la investigación se generaba sobre todo en la universidad pública vasca, de la que cabía esperar alguna luz sobre lo que estaba ocurriendo.

Los hechos indican que a mayor contestación (social, intelectual) al terrorismo hubo un mayor acoso; primero contra las cabezas visibles, luego contra un espectro cada vez más amplio. En diciembre de 2000 la policía desactivó una potente bomba en un ascensor de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación (UPV-EHU) dirigida contra la profesora Edurne Uriarte. En la reivindicación no hicieron mención a su condición de universitaria, sino de socialista, “responsables de la represión de Euskal Herria” (*Gara*, 19/01/2001). Pudo ser una masacre en un edificio repleto de alumnos. Unos meses después, el 23 de mayo de 2001, ETA colocó una bomba lapa en el coche de un guarda jurado de la UPV-EHU, también en Lejona. El artefacto no llegó a explotar.

En la época más dura hubo numerosos profesores amenazados. Una parte acabaron exiliados. En buena medida era por su afiliación a partidos no nacionalistas o al movimiento cívico, en organizaciones como Foro de Ermua y Basta Ya. Sufrieron lo que desde Gesto por la Paz se denominó con acierto “violencia de persecución”. Por mencionar a algunos, tenemos a Txema Portillo y Javier Fernández Sebastián, organizadores del primer homenaje en la UPV-EHU a un asesinado por ETA, el dedicado al constitucionalista Francisco

Tomás y Valiente, cuyos asistentes fueron increpados por los radicales de camino al aula magna donde se celebró⁷; Ofa Bezunartea; Gotzone Mora; Edurne Uriarte; Francisco J. Llera; José Manuel Susperregui, que iba a dar clases con chaleco antibalas e inhibidor de bombas; Manu Montero, entonces rector (2000-2004); Jon Juaristi, autor del ensayo más vendido sobre terrorismo y nacionalismo vasco, *El bucle melancólico* (1997); Fernando Savater, uno de los filósofos españoles contemporáneos más populares y con mayor reconocimiento internacional; Carlos Martínez Gorriarán; el ya citado Mikel Azurmendi; Carlos Fernández de Casadevante; Mikel Iriondo, etc. (Pagazaurtundúa, 2015).

Como señala Martínez Gorriarán (2004: 125), estos profesores fueron continuadores de aquellos otros, como Enrique Tierno Galván, Agustín García Calvo o José Luis L. Aranguren, represaliados durante el franquismo por pronunciarse contra la brutalidad del régimen. Gesto por la Paz contabilizó un total de 42.000 amenazados en la Euskadi y Navarra de los primeros 2000 (Gesto por la Paz, 2003: 68-69). La mayoría eran policías y empresarios, pero también había unos 400 periodistas y 200 profesores e intelectuales en esa tesitura (Sáez de la Fuente, 2013: 192). Tal realidad llegó a la cultura popular y al cine. Por ejemplo, el director Manuel Gutiérrez Aragón filmó una película, *Todos estamos invitados* (2008), en la que el protagonista es un profesor universitario que vivía amenazado en San Sebastián.

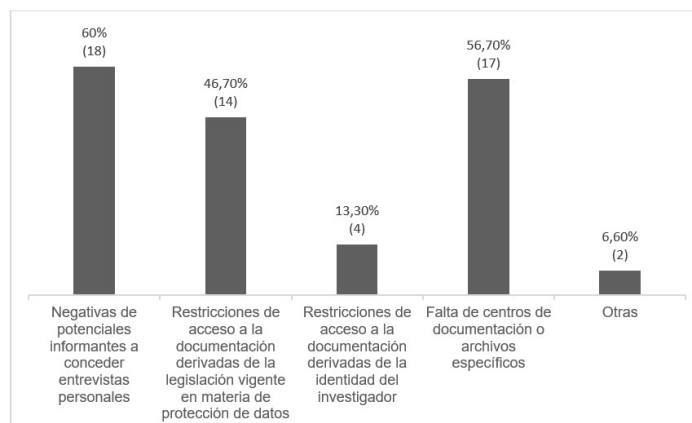
En su libro *Memorias de la violencia* (2014) Ofa Bezunartea entrevistó a un ramillete de esos “rebeldes” (Camus) que dijeron “no” a la tiranía. Dentro de los pronunciamientos públicos podemos mencionar otros ejemplos. En 1996, poco después del asesinato de Tomás y Valiente, más de 670 docentes de las universidades públicas y privadas del País Vasco y Navarra dieron a la luz un manifiesto contra el terrorismo en el que pedían no votar a Herri Batasuna por sus actitudes “fascistas y sectarias”. En 2001 hasta 819 trabajadores de la UPV-EHU firmaron como “Miembros de la comunidad universitaria contra la opresión terrorista”.

Pero hubo también muchos, como en el conjunto de la sociedad, que fueron espectadores indiferentes o que estaban abiertamente en la órbita de HB. En su libro *La diáspora vasca*, el periodista José María Calleja, otro amenazado, cargó contra una consecuencia concreta de este problema, que provocó un escándalo en el cambio de siglo: “algunos profesores se entregaban sin empacho a la tarea de realizar exámenes a esos presos [de ETA] y de corregirlos con tan magnánimo espíritu que les permitía sacar a los reclusos siempre buenas notas” (Calleja, 1999: 264).

3. Preguntas y respuestas

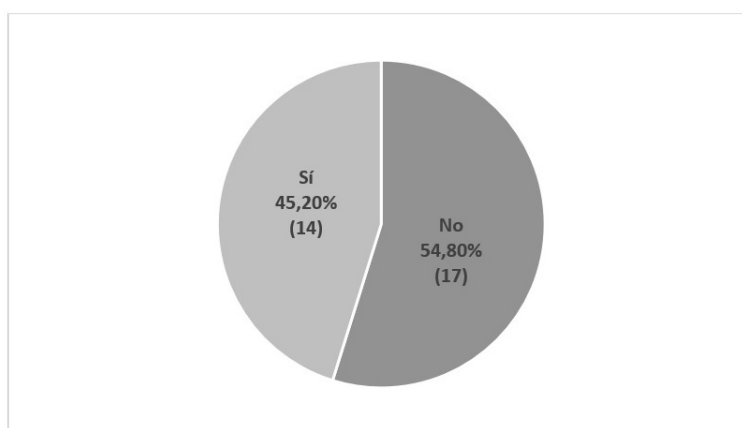
A renglón seguido me centraré en los resultados del cuestionario al que me he venido refiriendo. Ello nos permitirá conocer las consecuencias, si las hay, de escribir sobre un tema como el terrorismo doméstico desde una perspectiva académica y mientras el fenómeno seguía vivo. El formulario contenía una decena de preguntas y, al final, dejé un espacio abierto para que los informantes desarrollasen sus reflexiones, reflejándose estas en las citas entrecomilladas que aparecen. Varias preguntas tenían opción de multirrespuesta.

7 Ambos se refirieron a ese y a otros episodios relacionados durante su participación en el curso de verano “Los retos del relato”, Soria, 15-16 de julio de 2021: <https://www.youtube.com/watch?v=TW3EKArDxEI>

Figura 1. ¿Te has encontrado con estas dificultades a la hora de tratar las fuentes?

Total: 30 investigadores. Fuente: elaboración propia.

La primera pregunta tiene que ver con obstáculos que investigadores de cualquier lugar pueden encontrarse al abordar un tema de historia reciente: falta de archivos específicos, trabas legislativas para la consulta de la documentación que contiene datos personales, etc. Pero también afloran con frecuencia dificultades añadidas derivadas de un tema incómodo, como la negativa de potenciales informantes a hablar (18 de las 30 respuestas lo mencionan). Por tanto, aquí ya empezamos a atisbar un problema de falta de libertad que enseguida se confirmará con otros datos.

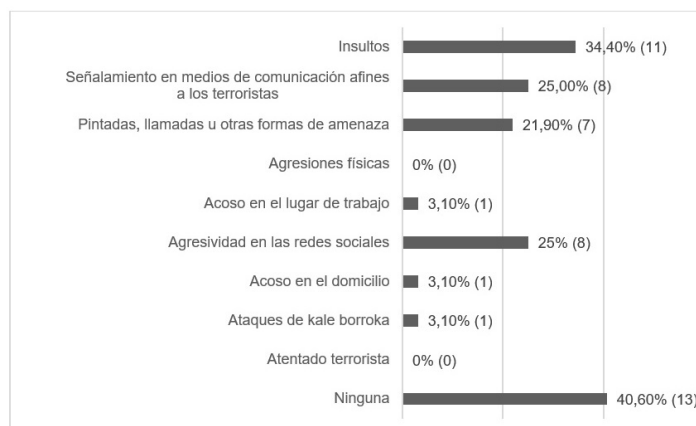
Figura 2. Al margen de tu labor académica sobre terrorismo, ¿has sufrido amenazas u otra forma de violencia política? (por tu compromiso público, etc.).

Total: 31 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Con esta pregunta quería indagar en una realidad que va mucho más allá del mundo académico. También quería saber si los amenazados lo eran por trabajar sobre terrorismo o por un compromiso público previo asumido por intelectuales y otros profesionales. Parece claro que una parte notable de los que se decidieron a investigar sobre este tema habían optado por posicionarse abiertamente contra el terrorismo en plataformas cívicas o pacifistas. Lo segundo era más peligroso que lo primero. Un informante apunta que “sinceramente creo que no he sufrido violencia por dedicarme a la investigación alrededor del terrorismo vasco. Si la he sentido alguna vez ha sido por pertenecer a Gesto por la Paz y, consecuentemente sufrir insultos, contramanifestaciones en el espacio público... Lo más parecido a eso en el terreno investigador son los comentarios críticos más

bien despectivos o irónicos”. Ofa Bezunarte hace una referencia a espacios universitarios concretos donde los radicales tenían bastante implantación y, por ende, capacidad de control: “es ineludible reseñar la tremenda limitación a la actividad intelectual y académica por la presión de ETA y todo el MLNV durante años en la UPV-EHU y especialmente en la Facultad de Periodismo en la que ejercí como profesora desde 1982 hasta 2003, cuando por las amenazas me trasladé a Sevilla”.

Figura 3. ¿Has sufrido alguna de estas formas de violencia como consecuencia de tu labor académica sobre terrorismo vasco?



Total: 32 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Solamente en 13 de las 32 respuestas se indica que no sufrieron ninguna forma de violencia, incluyendo la verbal. Abundan los que han padecido insultos y, después, agresividad en las redes sociales o señalamiento en medios de comunicación afines a los terroristas. Entre los episodios más graves cabe reseñar que a siete personas les hicieron llamadas o pintadas amenazantes. Dos aparecieron en papeles de comandos de ETA y se consigna un episodio de acoso en el lugar de trabajo y un ataque de kale borroka. Una persona también explica, y es ilustrativo del efecto psicológico del terrorismo, que “no he sufrido formas tan extremas, solo tensión por la posibilidad de tenerlas”. Lógicamente los que trabajaban en universidades fuera del País Vasco y Navarra han padecido una presión menor. Pero, tomada en su conjunto, la tabla arroja un balance inquietante de las consecuencias de hacer ciencia. Esa situación no ha impedido que afortunadamente cada vez más académicos se hayan dedicado a la investigación sobre terrorismo, una tendencia que se aprecia antes incluso del final de ETA y que después se ha acentuado.

La gran mayoría de las amenazas procedían de ETA y su entorno, aunque hay excepciones. Como expone otro profesor: “en el año 2006, durante un par de meses recibí llamadas amenazantes anunciando que me iban a matar y describiendo la ropa con la que salían a la calle miembros de mi familia. Creo que el origen fue la ultraderecha (haciéndose pasar por gente afín a ETA) por posicionarme públicamente a favor del proceso de paz. Lo puse en conocimiento de la policía”.

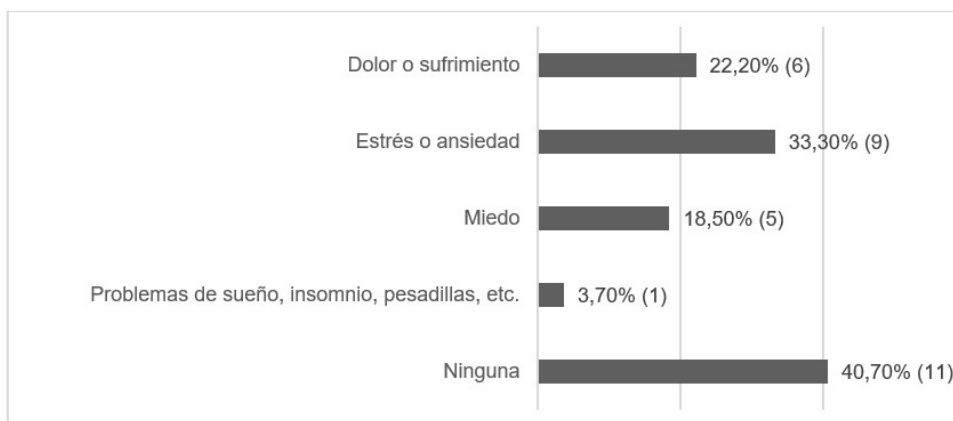
Figura 4. En caso afirmativo, ¿con qué frecuencia?



Total: 17 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Esta pregunta sirve para comprobar que los episodios de violencia normalmente no eran esporádicos, solían repetirse, y era más habitual que apareciesen de forma recurrente que una sola vez. A fin de cuentas, hablamos de violencia política, que busca ser eficaz y, en este caso, acallar al diferente. Funcionaba mediante campañas organizadas, a veces cebándose con ciertas personas especialmente señaladas, no solo famosas.

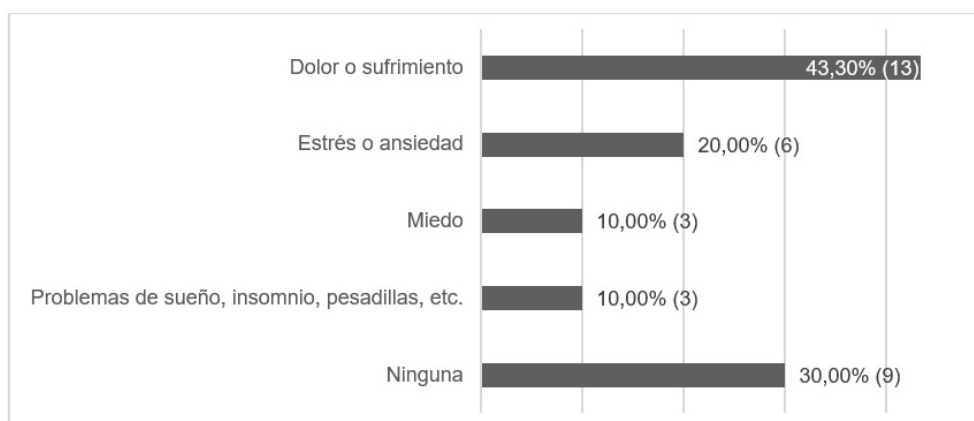
Figura 5. Derivadas de esas formas de violencia, ¿has tenido alguna de las siguientes repercusiones personales?



Total: 27 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Nueve investigadores refieren haber padecido estrés o ansiedad como consecuencia de la presión; en seis ocasiones se habla de dolor o sufrimiento y en cinco de miedo. Solo 11 personas de 27 afirman no haber tenido ninguna repercusión personal. Otros hablan de sensación de aislamiento social, de decepción profunda o de insomnio. La violencia política y el terrorismo provocan efectos diversos, a veces difíciles de calcular, más allá de los que se derivan directamente de los atentados, que es la parte más visible.

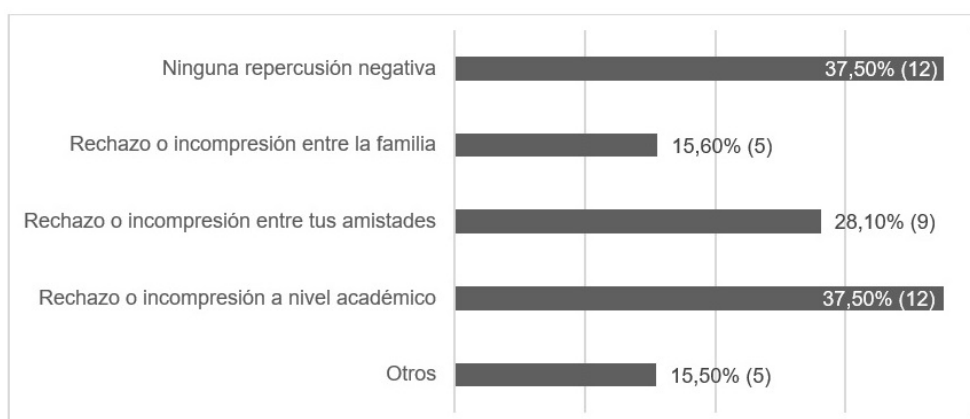
Figura 6. Derivadas del horror del tema tratado, ¿has tenido alguna de las siguientes repercusiones personales?



Total: 30 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Aquí ponemos el foco en la propia naturaleza del objeto de estudio. Para muchos investigadores era algo muy próximo, lo habían vivido directamente. En este caso se invierten los resultados de la anterior pregunta y no abundan tanto las consecuencias diagnosticables desde un punto de vista médico, como el estrés o la ansiedad, cuanto la sensación de dolor o de sufrimiento, que muchas veces está relacionada con la empatía con las víctimas (por ejemplo, tras entrevistarlas). También aparecen problemas de sueño o insomnio, tristeza, desazón o hastío, que, en general, no resultan excepcionales teniendo en cuenta la dureza y la cercanía del tema elegido.

Figura 7. ¿De qué manera te ha afectado investigar sobre terrorismo vasco a nivel social y profesional?

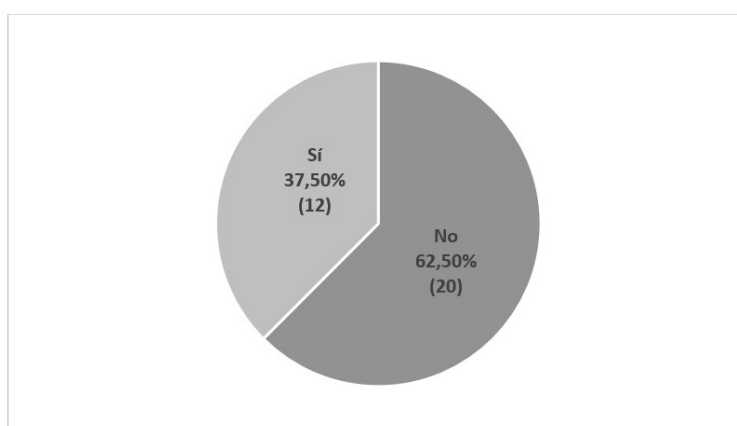


Total: 32 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Esta pregunta refleja bien el contraste entre cómo debe ser la universidad (un espacio de conocimiento abierto al debate libre sobre cualquier tema de interés público, incluyendo los más controvertidos) y en qué puede acabar convirtiéndose uno de sus departamentos, especialmente bajo condiciones de fuerte presión interna y externa. Son bastantes más los que afirman haber tenido alguna repercusión personal o profesional negativa derivada de la elección de este tema que los que no. Sobre todo, se habla de rechazo o incomprensión a nivel académico (colegas que rehúsan colaborar, por ejemplo). Ese distanciamiento, en su extremo, ha tomado la forma de ostracismo: “investigar sobre ETA y su mundo fue el camino más rápido a la marginación

profesional”, afirma un profesor. Otra académica explica que “mis problemas han sido más bien institucionales. Un sector, quizá una persona, de mi universidad, en un alto nivel de responsabilidad en la gestión, tenía reticencias hacia la investigación sobre terrorismo por las implicaciones políticas y de imagen que podría tener para la institución”. José Antonio Pérez, del Instituto Universitario Valentín de Foronda, aporta una visión más personal: “lo más doloroso, al menos en mi caso, es la incompreensión e incomodidad que genera en el entorno de mis amistades. Algunos amigos de toda la vida comenzaron a mostrar una actitud desconfiada y cierta hostilidad hacia mí desde que se enteraron de que en los últimos años mis investigaciones se centraron en el terrorismo, y especialmente en las víctimas”.

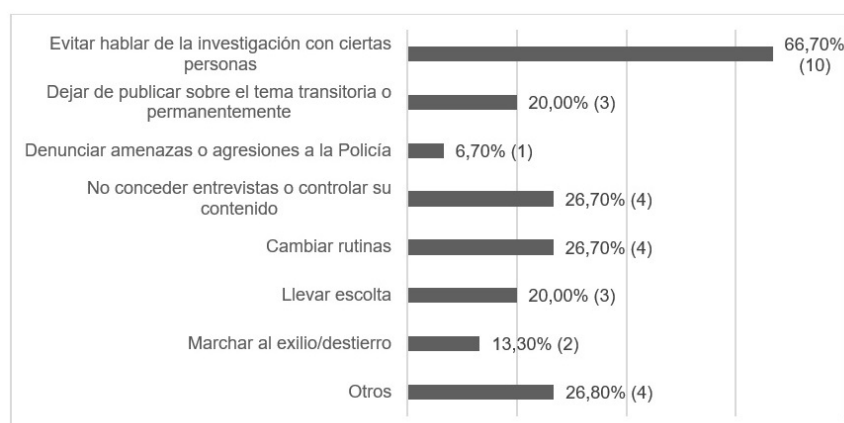
Figura 8. ¿Has tomado medidas de autoprotección?



Total: 32 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Más de uno de cada tres, 12 de los 32, ha tomado alguna medida de autoprotección, lo cual sucede especialmente entre los que viven y trabajan en el País Vasco. Uno de ellos lo explica con claridad: “Saber la suerte que han corrido compañeros por investigar temas anexos a los míos ha servido de freno en ciertos momentos para adentrarme en ciertos territorios o, también, para intervenir en la opinión pública en forma de artículos de opinión, por ejemplo”. Todo indica que este tipo de comportamiento ha sido más habitual de lo que se suele reconocer.

Figura 9. En caso afirmativo, ¿cuáles?

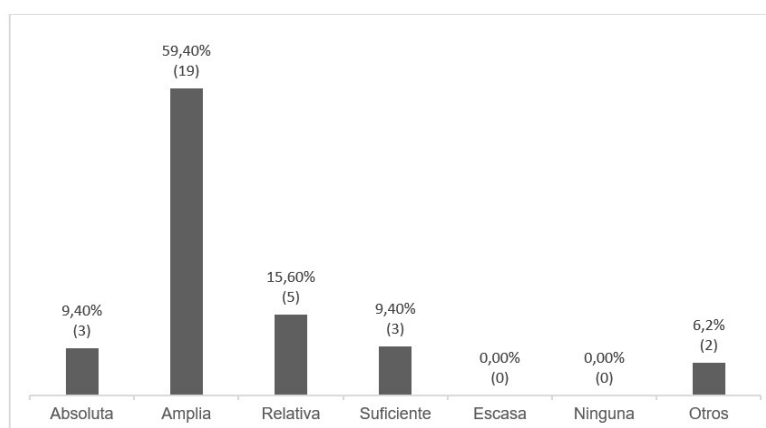


Total: 15 investigadores. Fuente: elaboración propia.

La principal medida de autoprotección ha sido evitar hablar del tema con ciertas personas, algo que se cita hasta en diez ocasiones; es decir, casi uno de cada tres investigadores ha recurrido a ello. Es una actitud similar a la que muestra la sociedad vasca en su conjunto cuando se le preguntaba en las encuestas del Eusko-barometro por su libertad para hablar públicamente de ciertos temas o su miedo a participar en política, que cayó ampliamente tras el cese de ETA, sin haber desaparecido del todo las reticencias⁸.

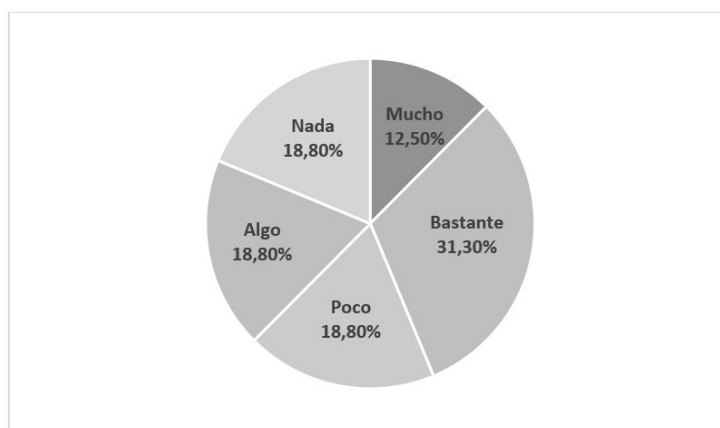
En el caso de la universidad, por ejemplo, una profesora afirma que “no he sufrido ningún tipo de amenaza ni de violencia por dedicarme a este tema de investigación. Ahora bien, es cierto que en ocasiones he evitado hablar del tema, o me he callado aclaraciones que serían necesarias a algunas afirmaciones que hace la gente sobre este tema”. También se menciona varias veces la precaución de dejar de conceder entrevistas a la prensa o de controlar su contenido, el aparcar transitoriamente las publicaciones sobre el tema o, incluso, cuatro personas mencionan que durante un tiempo tuvieron que cambiar sus rutinas para protegerse, una cifra notable para una amenaza ya grave. Además, tres de los entrevistados llevaron escolta en algún momento.

Figura 10. ¿En general dirías que tu libertad a la hora de investigar sobre terrorismo vasco ha sido...?



Total: 32 investigadores. Fuente: elaboración propia.

Pese a todas las dificultades que hemos ido mencionando, una amplia mayoría, el 60% de los encuestados, considera que su libertad para investigar ha sido amplia y el 10% dice que absoluta. El resto, menos optimista, asegura haber tenido una libertad relativa o solo suficiente. Un autor explica que “la situación en el País Vasco de fines de los ochenta era muy difícil y preferí auto-exiliarme a Estados Unidos (...). Fue un gran refugio para mí. Desde allí he podido escribir con toda libertad sobre temas que, si hubiera estado en el País Vasco, no me hubiera atrevido”. En palabras de otro profesor: “creo que sí ha habido cierta falta de libertad, debido sobre todo al miedo, a la hora de abordar el tema del terrorismo en el País Vasco, pero ha dependido mucho de cada persona; y no solo de sus ideas sino también de su carácter. Conozco personas que decidieron no tratar ese tema desde el principio o que dejaron de hacerlo al sufrir amenazas (...). Cuando recibí amenazas concretas sí tuve un cierto ‘respeto’, yo diría que un miedo ‘controlado’ (también porque el seguimiento por el comando fue tardío, cuando ETA ya estaba débil, hacia 2006), pero no dejé de escribir ni de hablar. Ni siquiera en clase”.

Figura 11. ¿Has percibido miedo o falta de libertad entre tus colegas que se dedicaban al mismo tema?

Total: 32 investigadores. Fuente: elaboración propia.

La percepción cambia cuando no se habla de uno mismo, sino de nuestros colegas. Ahí sí que se detecta más miedo alrededor.

4. Conclusiones

Sin duda ha habido profesiones más amenazadas que la de investigador universitario. Unos, policías, militares o jueces, eran el centro de las iras radicales por encarnar el “Estado opresor”. Otros, empresarios, eran vistos como oligarcas a los que extorsionar. Políticos y periodistas estaban expuestos al ojo público. Como dice Javier Marrodán en su respuesta a mi cuestionario: “antes de dedicarme al mundo académico trabajé como periodista (1988-2007) y también me ocupé del tema del terrorismo. Pienso que las complicaciones de aquellos años y aquella actividad fueron mayores”.

Ya en su momento el entorno de los terroristas “autónomos” identificó tres tipos de profesionales de la investigación: policías, periodistas y universitarios. A los últimos simplemente les achacaba un “estéril uso del conocimiento” mientras que a los primeros les acusaba de represión y a los segundos de ser mercenarios falseadores. A todos les prohibía utilizar el libro en el que aparecía esta mención. Pero el orden de relevancia quedaba claro (Zirikatu, 1999: 191).

Es interesante comparar el caso de España con lo ocurrido en otras latitudes con fenómenos similares de terrorismo, como Irlanda del Norte. Adrian Guelke, profesor de la Queen’s University of Belfast, sobrevivió a un atentado de los Ulster Freedom Fighters (UFF). Un comando de varios terroristas entró en su casa y le dispararon hasta que se les encasquilló el arma. Guelke sufrió una herida de bala que no le afectó a órganos vitales. Los lealistas le acusaron falsamente de ser un agente de inteligencia del IRA Provisional. Guelke es la máxima autoridad en el estudio del conflicto norirlandés en perspectiva comparada. En el momento del atentado, el 5 de septiembre de 1991, se encontraba escribiendo una nueva obra, *The new age of terrorism and the international political system*, donde contó este episodio en el epílogo (Guelke, 2009: 194-195). También en el Ulster figuras públicas como Guelke estaban muy expuestas y eran objetivos fáciles. De todas formas, ni

siquiera allí, donde la magnitud del terrorismo fue mucho mayor que en Euskadi, hubo una campaña parangonable de acoso sistemático contra profesores e intelectuales críticos.

Volvamos ahora a la cuestión del trauma ante el horror que surge del pasado. No somos insensibles al investigar sobre personas que han sufrido una violencia injusta y brutal, y que a veces nos son muy cercanas porque las hemos conocido o porque las hemos analizado con mucho detalle. Pero el caso de Chang con el que abrimos este artículo es extremo y excepcional. Lo más reseñable en nuestro caso es otro tipo de repercusión: la persecución del pluralismo por parte de los terroristas y su entorno, y con él la de las voces discordantes, con el significado político (totalitario) que eso encierra. No ha sido la academia la que ha estado en la diana, sino una parte de la misma, la que resultaba más incómoda, y no en todo el periodo, sino particularmente desde mediados de los noventa hasta 2010.

La universidad no podía abstraerse del clima de terror imperante. A Juan de Dios Doval lo mataron en 1980 por ser dirigente guipuzcoano de la UCD, pero también era profesor de derecho de la UPV-EHU. Francisco Tomás y Valiente fue asesinado en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid, pero los etarras querían golpear al expresidente del Tribunal Constitucional y, con él, a “las más altas jefaturas del Estado (...) ahora bajo la máscara de la democracia española” (*Egin*, 19/03/1996). Tomás y Valiente, justificaron los etarras, “se sitúa entre los máximos inspiradores y continuadores del sistema político que dio seguimiento a la opresión de nuestro pueblo tras el franquismo”. Similar retórica emplearon cuatro años antes, en 1992, para reivindicar el asesinato del catedrático Manuel Broseta en el campus de la Universidad de Valencia, por su condición de Consejero de Estado y expresidente del Banco de Valencia. En 2000 una potente bomba activada al paso de Fernando Buesa por el campus de la UPV-EHU de Vitoria acabó con la vida del político socialista y de su escolta, el ertzaina Jorge Díez Elorza.

Ya hemos hablado del factor del miedo, que ha sido importante, pero no tanto de la indiferencia. Antonio Rivera expresó en 2014 que “no se puede afirmar con datos que la UPV-EHU haya manifestado en los últimos años una implicación adecuada de una parte sustancial de sus miembros en el terreno de conocer mejor por qué algunos han pensado en algún momento que era lícito y normal asesinar a quien no pensaba como ellos”. Concluía Rivera, en un análisis que comparto, que más allá de “pronunciamientos valientes”, como los de “algunos rectores”, el bagaje de estudios y publicaciones no ha estado “al nivel de la gravedad del problema” (*El Mundo*, 12/06/2014).

Desde entonces se ha hecho bastante por colmar esa laguna, aunque más por parte de profesores e investigadores a título particular que desde la UPV-EHU como institución. En los últimos años han proliferado los trabajos sobre terrorismo, lo que nos está ayudando a conocerlo con más precisión y a desmitificar algunos de los tópicos empleados para justificarlo. Una parte de los autores sigue siendo objeto de expresiones violentas, pero ya no son tan habituales ni tan graves como antes, lo que no quiere decir que haya que dejar de recordarlo y denunciarlo. Fundamentalmente son agresiones verbales: insultos o agresividad en las redes sociales, un mal exacerbado en nuestro caso, pero endémico en la sociedad actual, más tecnificada que tolerante. Como indica uno de los entrevistados: “mi investigación principal se produjo entre los años 2017-2018, de ahí que no haya encontrado grandes dificultades para abordarla”. No ocurría lo mismo sobre todo en los años de la socialización del sufrimiento. Pero tampoco siempre en esa última fase. Valgan como muestra las pintadas

amenazantes que aparecieron en casa de mis padres y en el negocio familiar en cuatro ocasiones entre 2012 y 2015, tras sendas apariciones mías en los medios para presentar investigaciones sobre terrorismo.

Hay un dato que invita a la cautela: Ikasle Abertzaleak, el sindicato estudiantil radical que hemos visto que encabezó algunas de las campañas de acoso en los tiempos más duros, hoy se alinea con los disidentes de la izquierda abertzale.

Termino con una pregunta abierta: hoy, ¿qué ocurre? ¿Ya hay completa libertad para investigar (o simplemente para hablar) sobre terrorismo, o sigue habiendo autocensura ante un tema aún delicado? Si en el presente es obvio que el tema sigue resultando incómodo, hay una cita de Luis Castells que hago mía porque refleja la situación en los tiempos más difíciles y sirve como reconocimiento para los que no callaron ni siquiera entonces: “hubo unos cuantos resistentes, una minoría, como suele ser lo habitual en estos casos, que trasladó su rebeldía frente a ETA a pequeños o grandes actos cotidianos, y que estuvieron constantemente en alerta para promover una rebelión ciudadana contra el terror y el miedo, pagando algunos su vida por ello. Estos son los héroes. Como ciudadano, mi homenaje; como historiador, mi compromiso para no olvidarlos” (Castells, 2015: 109).

Referencias bibliográficas

BEZUNARTEA, Ofa (2014): *Memorias de la violencia. Profesores, periodistas y jueces que ETA mandó al exilio*. Córdoba: Almuzara.

CALLEJA, José María (1999): *La diáspora vasca. Historia de los condenados a irse de Euskadi por culpa del terrorismo de ETA*. Madrid: El País Aguilar.

CASTELLS, Luis (2015): “La visión desde la historia. Las ventanas cerradas”, en VVAA: *La sociedad vasca ante el terrorismo: pasado, presente y futuro*. Vitoria: Fundación Fernando Buesa, pp. 80-109.

CHANG, Iris (1998): *The rape of Nanking: The forgotten holocaust of World War II*. Londres: Penguin Books.

EQUIPO HORDAGO (1979-1981): *Documentos Y*. Donostia-San Sebastián: Lur.

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2020): “¿Crímenes ejemplares? Prensa, propaganda e historia ante las primeras muertes de ETA”, *Sancho el Sabio*, nº 43, pp. 49-71.

GESTO POR LA PAZ (2003): “Campana de sensibilización contra la violencia de persecución. Si te amenazan, nos agreden”, *Bake Hitzak*, nº 50, pp. 68-69.

GUELKE, Adrian (2009): *The new age of terrorism and the international political system*. Londres: IB Tauris.

HALIMI, Gisèle (1971): *Le procès de Burgos*. París: Gallimard.

JUARISTI, Jon (2006): *Cambio de destino. Memorias*. Barcelona: Seix Barral.

JULIÁ, Santos (2004): *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus.

JULIÁ, Santos (2016): “Intelectuales ante el terrorismo (1975-1981)”, *Grand Place*, nº 5, pp. 163-174.

LÓPEZ ROMO, Raúl (2015): *Informe Foronda. Los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

LÓPEZ ROMO, Raúl (2018): “Pardines: (des)memoria de un asesinato”, en Gaizka Fernández y Florencio Domínguez: *Pardines. Cuando ETA empezó a matar*. Madrid: Tecnos, pp. 129-149.

MARTÍNEZ GORRIARÁN, Carlos (2004): “La universidad vasca ante el terrorismo”, en Ferran García Mengual y Jesús Mari Farinós (coords.): *Universidad y terrorismo vasco*. Valencia: Fundación Profesor Manuel Broseta, pp. 113-135.

ONAINDIA, Mario (2001): *El precio de la libertad. Memorias (1948-1977)*. Madrid: Espasa Calpe.

PAGAZAURTUNDÚA, Maite et al. (2015): *Los profesores de la UPV-EHU frente a ETA*. Informe.

ROBINS, James (2021): “Can historians be traumatized by history?”, <https://newrepublic.com/article/161127/can-historians-traumatized-history>

SÁEZ DE LA FUENTE, Izaskun (2013): “El drama de la violencia de persecución en el País Vasco”, en Galo Bilbao, F. Javier Merino e Izaskun Sáez de la Fuente: *Gesto por la Paz. Una historia de coraje cívico y coherencia ética*. Bilbao: Bakeaz, pp. 157-203.

URIARTE, Edurne (1995): “Intelectuales vascos, política y nacionalismo”, *Revista de Estudios Políticos*, nº 88, pp. 291-310.

URIARTE, Eduardo Teo (2018): “Cuando era joven”, en Raúl López Romo (ed.): *Memorias del terrorismo en España*. Madrid: Los Libros de la Catarata, pp. 116-119.

ZIRIKATU (1999): *Komando Autonomoak: sasiaren arantzakada. Una historia anticapitalista*. Bilbao: Felix Likiniano.